

## Julián de Ajuriaguerra en la psiquiatría infantil<sup>1</sup>

– Alberto Lasa –

Me propongo hablarles del Profesor Julián de Ajuriaguerra, de algunas anécdotas que protagonizó, y de algunas de sus palabras, dichas y escritas, tal y como las recuerdo, o tal y como han quedado en sus textos. Intentaré con ello retransmitirles la importancia, personal, que para mí ha tenido en mi formación y en mi práctica como psiquiatra de niños. Pero, sobre todo, trataré de resaltar aquello que en su enseñanza me parece constituir un patrimonio cultural del que todos podemos sentirnos discípulos y herederos.

Hubieran bastado sólo dos de sus obras para que Ajuriaguerra hubiera dejado su huella en la historia de la psiquiatría infantil.

Una, la creación, en 1958, junto con Lebovici y Diatkine, de la revista “La Psychiatrie de l’Enfant”, en la que han ido apareciendo a lo largo de 30 años muchos de sus trabajos, consolidándola para muchos de nosotros como la mejor revista de la especialidad, sobre todo por su amplitud de miras, y por su olfato para reunir aportaciones procedentes de tomas de posición teóricas diferentes.

En segundo lugar su “Manual”, publicado en 1970, y repetidamente reeditado desde entonces.

Pero no voy a dedicarme a narrarles hasta la extenuación la amplitud y calidad de sus trabajos. Entre otras cosas porque creo que él detesta este tipo de homenaje innecesario y probablemente calificaría a quien así lo hiciera más de papagayo que de discípulo.

Recientemente René Diatkine comentaba, en presencia de Ajuria, que se consideraba uno de sus mejores discípulos porque cada vez que afirmaba

“mi maestro Ajuriaguerra decía que...” el propio Ajuria le contestaba “yo jamás he dicho eso, eso es lo que tu piensas, aunque también podría haberlo dicho yo”. Lo que Diatkine, discípulo destacado, quería transmitirnos es que un verdadero maestro es el que permite la creatividad, el crecimiento y la maduración espontánea e independiente de sus alumnos y no el que exige una imitación repetitiva, y una veneración devota, sumisa y esterilizante de su propia obra<sup>2</sup>.

Y el propio Ajuriaguerra mostró (en su discurso de entrada en el Collège de France) su original postura al respecto, al referirse a Henri Wallon...” de quien no fui discípulo pero a quien siempre he considerado como mi maestro”.

Ajuria nunca ha aceptado la idealización del saber y siempre ha conservado la actitud de aldeano que pisa tierra y desconfía del papanatismo con que se aceptan ciertas modas. Creo que él nunca ha sido de los que se dejan imponer teorías por simple mimetismo camaleónico con el saber que en cada época se estila. Siempre ha conservado su estilo y su trabajo de confianza inquebrantable en sus propias convicciones. Es la obstinación propia del genio. O al menos así me lo parece. He aludido a anécdotas. He aquí una.

En cierta ocasión Ajuria presidía una reunión científica. Durante toda una jornada escuchó en silencio sesudos trabajos sobre un tema entonces en boga; la sobreestimulación precoz de los bebés. Todos los trabajos demostraban con gran lujo de estadísticas y gráficas impecables, tal y como las exigencias metodológicas al uso exigen, los portentosos beneficios de tales técnicas. Además preconizaban la necesidad de importarlas urgentemente a nuestro país. Cuando tras varias horas de silencio Ajuria fue solicitado para

emitir su opinión dijo más o menos esto: “Me han parecido muy interesantes todas estas cosas que hacen Vds., pero yo cuanto más les oigo más me hacía una sola pregunta: ¿Vds. cuándo dejan dormir a los bebés?... porque todas las madres dicen que un bebé necesita dormir mucho y yo creo que tienen mucha razón”.

Ajuria parecía modesto al hablar así, pero sabía lo que decía. Por esa época dictaba sus cursos magistrales en el Collège de France. Y allí decía: “se ha estudiado mucho el fenómeno de la sub-estimulación y el problema de las carencias. Pero aunque el niño tiene “necesidad de estímulos”, una actividad caótica puede ser tan grave como la falta de estímulos. Igualmente una sobreestimulación por adiestramiento ignora la responsabilidad del niño y sus reacciones, frena la vía al descubrimiento y disminuye su característica esencial, es decir su propia actividad”.

Como vemos, enemigo del adiestramiento y apasionado defensor de favorecer y estudiar el desarrollo espontáneo de las capacidades innatas del bebé, se convertirá también en abogado vehemente de la espontaneidad de las madres en la crianza (sintonizando en ello con otro gran independiente: D. W. Winnicott).

Insistirá en la necesidad de explorar la ontogénesis del ser humano. Fascinado por su rasgo diferencial fundamental, el de ser entre todos los seres vivos, el que nace más inmaduro y desvalido, se interesará también por sus capacidades neurobiológicas (“equipamiento biológico”) que él considera innatas, adjetivo que prefiere al de genéticas, y que diferenciará cuidadosamente, de las posibilidades epigenéticas postnatales, que incluyen la potencial maduración neurobiológica dependiente de la relación de mutualidad que establecen el bebé y entorno - fun-

<sup>1</sup> Versión corregida por el autor de su capítulo del libro: Aguirre y Guimón (ed.). *Vida y obra de Julián de Ajuriaguerra*. Ed. Aran, Madrid, 1992.

<sup>2</sup> La misión del alumno es tomarse la libertad de recrear la obra del maestro. La de éste tolerarlo.

damentalmente materno - (y todo esto es lo que él incluirá en su concepto de "potencial neurobiológico" que a diferencia del "equipamiento" no es innato).

Siempre ha afirmado las posibilidades del frágil, pero activo, bebé humano. "El bebé humano no se contenta con reaccionar, actúa"... "El hombre se hace haciéndose..." "el cuerpo encuentra su independencia cuando sus reacciones arcaicas desaparecen, cuando desaparece el predominio de la prehensión forzada y de imantación de la mirada, entonces buscará por sí mismo las aferencias táctiles y cenestésicas, este cuerpo será capaz de coger o no coger sus placeres y de la capacidad para manejar la proximidad y la distancia"... "el niño es un ser inmaduro que porta en sí mismo su propia construcción... en su progresión accionada por la experiencia... entre el deseo, la necesidad y el deber hacer... entre sus pulsiones y su deber.. *se hará a sí mismo*".

La mutualidad madre-bebé despertó en el hombre científico destellos de poeta. "En el transcurso del cruce del embarazo se crea un modo de relaciones entre la madre y el niño. El embarazo no se reduce al lugar de nidificación, la madre no es sólo habitáculo, es al mismo tiempo envolvente, genitora, nutricia y transmite a través del cordón umbilical, los humores de la carne".

Desde la literatura sintoniza totalmente con él, supongo que sin saberlo, el mismísimo Gabriel García Márquez, quien en una soberbia novela que terminará en otro cruce de amor, (me refiero a "El amor en los tiempos del cólera") escribe de una maternidad apasionada: ... "había sufrido el espanto de sí misma al comprobar que no sentía el menor afecto por aquel ternero de vientre que la comadrona le mostró en carne viva, sucio de sebo y sangre, y con la tripa umbilical enrollada al cuello... Pero en la soledad del palacio aprendió a conocerlo, *se conocieron y descubrió con grande alborozo que los hijos no se quieren por ser hijos, sino por la amistad de la crianza...*".

La aventura científica de Ajuria, curioso impenitente, se encaminará desde un terreno de sobra conocido para él y del que ya sabía mucho, el cuerpo neurobiológico, hacia otro más desconocido

y comprometido. Cual osado explorador se adentrará en la aventura de la relación humana.

En el terreno del encuentro del ser vivo que nace más inmaduro y dependiente, el bebé humano, con un entorno, la madre que termina de dar forma a los procesos y posibilidades madurativas marcados por lo genético y lo determinado, pero confrontados en último término con el azar y la suerte propios del encuentro o del desencuentro relacional que marcan el destino humano.

Y aquí Ajuria aceptará las limitaciones que su experiencia le enseña. Dice un proverbio chino que no deben hacerse profecías sobre todo cuando se trata del porvenir. "El clínico debe saber que un pronóstico desde que es emitido, implica una gran responsabilidad. Nuestro pronóstico no debe ser portador ni de falsa esperanza ni de desesperanza destructiva".

"Sólo se puede curar a otro una vez que uno mismo ha perdido la insolencia de la salud", nos decía en uno de sus mensajes inolvidables. Yo me atrevo a parafrasearle desde sus enseñanzas. Sólo se puede hacer ciencia cuando se ha perdido la insolencia de la certeza.

Ajuria es el ejemplo mismo del empirista que debe confrontar todo lo que se dice con su propia experiencia. Cuando toda la cultura entorno consagra ciertas ideas él, como dicen que hacía Santo Tomás (y supongo que le gustaría verse citado junto a los santos a quienes le gustaba incluir en sus citas científicas), necesita ver para creer, y yo diría que, en su caso, también ver para no creer.

Así por ejemplo, cuando desde América invade a la psiquiatría infantil europea la idea de un aparente descubrimiento revolucionario, él no duda en mostrar su escepticismo: "en un gran número de trabajos americanos la introducción de la noción de 'lesión cerebral mínima' conduce a describir hiperkinéticos sin hiperkinesia".

Como se ve le bastan pocas palabras, virtud que pocos elegidos poseen, para desmontar aparatosas afirmaciones. Sobre todo si servían a la causa del reduccionismo pseudocientífico. En este ejemplo se sublevaba contra el reduccionismo or-

ganicista que empobrece las posiciones neurobiológicas seriamente fundadas.

Pero tampoco dejaba de cuestionar otros reduccionismos sociologistas o historicistas. Y así, por ejemplo, cuando comenta la obra de ciertos historiadores en boga (Lloyd de Mause y cols.: "The History of Childhood"), que a su juicio sesgaban la historia de la infancia, apostilla: "su documentación es abundante, pero unilateral. Ningún documento les falta al parecer y sobre todo en lo que a malos tratos, sodomía y otros juegos sexuales, castración y asesinato de niños se refiere... se diría que nuestros ancestros eran sádicos o pedófilos".

Otro ejemplo, cuando en la cultura psiquiátrica del momento se vivían tiempos de desinstitucionalización, él decía: "...el término 'asilo' con su connotación antigua no nos desagradaba ni nos avergüenza".

En mi opinión la obra investigadora de Ajuria se caracteriza por su actitud audaz. Conocedor de los caminos ya transitados y curioso irrefrenable de nuevas sensaciones no ha dudado en adentrarse en terrenos inéditos. Incapaz de alinearse en la marcha sincronizada de legiones de investigadores, siempre prefirió la posición del francotirador que elige su objetivo.

En el fondo, siempre ha conservado algo del anarquista juvenil al que le encanta atreverse a sacudir verdades inamovibles. Siempre se tambalea algo, y ello añade el placer de la irreverencia lúdica.

En su vida y en su obra creo reconocer una constancia: la del socarrón (no puedo evitar detallarles el homenaje que María Moliner hace al término: "...del vasco 'sukarra', fuego y fiebre: quemar una cosa superficial o ligeramente. También de 'socarro', derivado del latín 'jocarius': bromista. Se aplica a la persona hábil para burlarse de otros disimuladamente, con palabras aparentemente ingenuas o serias, y aficionado a hacerlo").

Otra anécdota.

Tras un curso de doctorado muy concurrido un oyente interroga a Ajuria acerca de matizadas cuestiones en torno a las particularidades que afectan a los gemelos. Las preguntas son varias y

las argumentaciones densas y muy bien construidas. Finalmente el demandante le cuestiona en torno a las específicas vicisitudes de la identidad, de la simbiosis y de la autonomía que deben sufrir los gemelos. Ajuria responde: “¿Vd. es gemelo, verdad?”. El interlocutor sorprendido responde afirmativamente. Ajuria epiloga lacónico: “ya me parecía que sabía Vd. mucho de esto..., no puedo decirle nada que Vd. no sepa”.

En otra conversación personal que mantuve con él, le contaba yo que un colega, también discípulo suyo, decía: “El más listo es Ajuria. Cuando está con neurólogos les habla de psicoanálisis, cuando está con psicoanalistas de neurología y cuando está con todos juntos de Santa Teresa de Jesús y de los místicos españoles”. Ajuria rió con ganas y me dijo: “Tiene razón su amigo. Es verdad. Además no hay nada más aburrido y fastidioso que hablar con la gente de lo que ya se sabe”.

Y es que a Ajuria le apasionaba husmear en el saber ajeno. Gracias a esta virtud le debemos uno de sus grandes trabajos (2), que el Comité editorial de la *Psychiatrie de L’Enfant* ha juzgado digno de figurar en el número que reúne los artículos más significativos de sus primeros 30 años de historia. En él Ajuriaguerra, selecciona de entre sus lecturas citaciones de curiosos personajes. Entre otros y por orden alfabético: Aristóteles y Ausonius, Berulio, Dante, Diderot, Galeno, Heroard (médico de Luis XIII), Hipócrates, Isidoro de Sevilla, Juan Bautista de la Salle, historiadores como Le Goff, Le Roy Ladourie y la ya citada LLOYD deMause, Montaigne, Pascal, Plutarco, Rabelais, Rousseau, San Agustín, San Francisco de Sales, San Jerónimo, Mme de Sevigne, Luís Vives, un gran iconoclasta, Voltaire, y hasta textos de la llamada “Corporación de nodrizas” que funcionó en el París del siglo XVII.

Permítanme decirles que creo que debiera ser un trabajo de lectura obligada para quien quiera ejercer nuestro oficio. Sobre todo en estos tiempos en que una psiquiatría cada vez más técnica parece reñida con la tradición cultural humanística que la Medicina siempre tuvo.

En un ejercicio de disciplina total, un Ajuriaguerra en la cima de su experiencia reflexiona sobre el dilema de lo in-

nato y lo adquirido, sobre la historia de las fantasías que el niño ha despertado en moralistas, fisiólogos, historiadores y hombres de iglesia, sobre el nacimiento de la ternura y el amor pasión, sobre las carencias, olvidos y agresiones que la infancia ha sufrido durante siglos, sobre la importancia de la leche materna.

Desgranando ante nuestros ojos sus propias lecturas, Ajuria se muestra capaz de contagiarnos su diversión (lúdica) - y su capacidad de sorprenderse ante lo insólito que encuentra en lo que a otros le resulta cotidiano.

Ajuria ha dicho que: “...el psiquiatra se ocupa de las cosas más simples, de los dichos y hechos banales, estudia menos sucesos y menos casos hermosos que cualquier otro médico, pero siempre es testigo de tristes y bellas historias sobre cariños desaparecidos o tristezas insoportables...”. Por ello no debe extrañarnos que considere que un científico debe asombrarse al saber que la nodriza de Luis XVIII asistió a su noche de bodas (2).

Tampoco debe asombrarnos que haya dedicado sus últimos años de actividad a temas como: el abrazo, el beso y la ternura (5); las posturas de amamantamiento (6); “la piel como primera relación, del tacto a las caricias” (7). Para él son estas cosas las que animan la carne. En su concepto de la neuropsicología del desarrollo del infans, y de la ontogénesis del comportamiento humano, el encuentro entre lo social, el entorno cultural, y el equipamiento neurobiológico, pasan a través del vértigo de la relación materno-filial en una crianza, (palabra que él ha revalorizado) en la que se personalizan y encarnan los afectos.

No es Ajuriaguerra de los que confunden ciencia con certeza. Pertenece a la estirpe de los audaces, de los que sabedores de su ignorancia aman la incertidumbre y buscan sin cesar un poco más de luz, un poco más de saber. De los que no creen en las verdades definitivas y no descansan, permanentemente impulsados por la duda, permanentemente libres para cuestionar las insuficiencias de nuestro conocimiento.

Por eso su enseñanza es, para quien quiera seguirle, a la vez altamente estimulante e inquietante.

Les propongo terminar con sus propias palabras: “El estudio del niño permite superar la oposición entre teorías organicistas y psicogenetistas. Si queremos superar las contradicciones entre lo biológico y lo psicológico o entre lo psicológico y lo sociológico, hay que estudiar al hombre desde su comienzo”.

Porque resume todo su pensar, ésta podría ser una divisa apropiada para quienes quieren practicar la psiquiatría infantil siguiendo su linaje: “Hay que estudiar al hombre desde su comienzo”. ●

### BIBLIOGRAFÍA

1. J. de Ajuriaguerra. *Manuel de Psychiatrie de L’Enfant*. Masson, Paris 1970.
2. J. de Ajuriaguerra. *L’Enfant dans l’Histoire. Problèmes psychologiques*. *Psychiatr. Enfant*. XXII,1,1979.
3. J. de Ajuriaguerra. *Lecciones en el Collège de France, Cursos 1976-1981*. Resúmenes publicados en: *Bulletin de Psychologie*, Tome XLIII n° 391, 1988-89.
4. J. de Ajuriaguerra. *Lecciones en los Cursos del Doctorado de la Cátedra de Psiquiatría de la Universidad del País Vasco*. Curso 1983-84. (No publicado)
5. J. de Ajuriaguerra, I. Casati. *Ontogénèse du comportement de tendresse. Étude de l’embrassement a partir du pattern -tendre les bras-*. *Psychiatr. Enfant*. XXVII, 2, 1985.
6. J. de Ajuriaguerra, F. Cukier-Memeury, I. Lezine. *Les postures de l’allaitement au sein chez les femmes primipares*. *Psychiatr. Enfant*. XXII, 2, 1979.
7. J. de Ajuriaguerra. *La peau comme première relation. Du toucher aux caresses*. *Psychiatr. Enfant*. XXXII, 2, 1989.

(Sólo se han consignado las obras citadas en el texto).

Para una bibliografía más amplia y seleccionada de la obra de J. de Ajuriaguerra véase:

J. Guimón. “Presentación del Profesor Julián de Ajuriaguerra en el acto de

nombramiento como miembro de honor de SEPYPNA. II Congreso Nacional de la Sociedad Española de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y Adolescente, Bilbao 1986. Publicado en: Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia Infantil no 2. 1986. Para una recopilación bibliográfica de toda su obra véase:

J.M. Aguirre. Vida, obra y época de Don Julián de Ajuriaguerra Otxandiano. Tesis Doctoral (no publicada). Universidad del País Vasco, 1991.